

Las batallas de Belgrano en el Norte (Jujuy, Salta, Tucumán, Potosí)

Agosto de 1812: Jujuy

Belgrano instala su cuartel general en Jujuy para reorganizar el apaleado ejército y darles ánimos para seguir (para esto saca otra vez la bandera y la hace bendecir en la catedral de Jujuy, desobedeciendo una vez más al Triunvirato).

Goyeneche y Pío Tristán (comandantes de las tropas realistas) avanzaban hacia Jujuy, tras su exitosa represión en el Alto Perú (actual Bolivia). Belgrano, cumpliendo órdenes del gobierno, decide replegarse: este es el famoso "éxodo jujeño" en el cual no solo el ejército sino también los civiles tuvieron que abandonar todo.

En Las Piedras los patriotas del destacamento de Díaz Vélez son atacados pero salen victoriosos, lo cual da ánimos al ejército que "después de una retirada de ciento treinta leguas nada había sufrido en su moral" (según cuenta el general José María Paz en sus *Memorias*).

El mismo Gral. Paz cuenta que durante ese éxodo "por más críticas que fuesen nuestras circunstancias jamás se dejó (Belgrano) sobrecoger del terror que suele dominar a las almas vulgares y por grande que fuese su responsabilidad, la arrastró con constancia heroica. (...) alentando a los débiles e imponiendo a los que suponía pusilánimes, aunque usando a veces de causticidad ofensiva".

Septiembre 1812: Tucumán

Apenas llegó a Tucumán convocó a los habitantes para que colaboraran en la formación del ejército. Doña Felipa Zavaleta, una vecina, cuenta: "Apenas llegó puso una maestranza para fabricar armas, publicó un bando diciendo que él estaba sin recursos y los vecinos lo ayudaron. Don Ramón Zavaleta, por su cuenta, mandó 50 cajas de fusiles y le regaló a Belgrano y le dijo que su persona estaba a disposición de la Patria, no como trabajador, pero sí para atender el trabajo. Entonces Belgrano y Díaz Vélez le abrazaron diciendo que eran sus amigos. Zavaleta se puso al frente del trabajo con honor, lo mismo con el mayor empeño se trabajaban balas y armas."

También envió al coronel Juan Ramón Balcarce a que recogiera todas las armas que tuvieran los vecinos tucumanos y, de paso, sondear el ánimo. Esta actitud hizo creer que iba a abandonar la ciudad. Esto motivó la formación de una comisión compuesta por don Bernabé Aráoz, el doctor Pedro Aráoz y don Rudencindo Alvarado que, en nombre de los vecinos de Tucumán, le rogaban que no los abandonara y diera batalla, prometiéndole también dinero y dos mil hombres.

En estos trabajos contó con amigos inapreciables: el teniente Jerónimo Helguera, el doctor José Agustín Molina, obispo de Cámaco.

Fue un combate confuso y, según sus participantes, difíciles de describir, sin embargo fue victoria y Pío Tristán tuvo que replegarse.

Pero no hubiera resultado victorioso si Belgrano hubiera obedecido al gobierno que le ordenaba seguir la retirada general. Con este acto de desobediencia Belgrano evitó que se perdiera el norte.

Tropas, pertrechos y estrategias

El ejército realista, al mando del general Pío Tristán contaba con tres mil soldados, diez cañones, mil doscientos caballos.

El ejército del Norte, al mando del general Manuel Belgrano contaba con mil quinientos soldados (de los regimientos de Infantería, Húsares, Dragones, Pardos, Morenos, Patricios y Artillería) de los cuales doscientos estaban heridos. Para la batalla no tuvo que recurrir a cuatrocientos ciudadanos tucumanos, cosa que le disgustaba sobremanera. En sus *Memorias*, a

propósito de esta batalla, dice: "Es preciso no echar mano jamás de los paisanos para la guerra, a menos de no verse en un caso tan apurado como el que me he visto."

El plan de Belgrano —según lo cuenta Bartolomé Mitre— era presentar batalla en las inmediaciones de la ciudad, más precisamente al sudoeste de la misma, en el Campo de las Carreras y, de este modo "apoyar la espalda" de las tropas en la entrada de la ciudad. Por eso hizo fortificar la plaza, abrió fosos y levantó trincheras, dejando en la ciudad una pequeña guarnición y seis piezas de artillería. Con el resto del ejército se situó en los arrabales, entre los bosques de naranjo. Los cuatrocientos paisanos tucumanos engrosaron el número de la caballería hasta seiscientos que Belgrano decidió esconder en los bosques que rodean a la ciudad. Al amanecer del 24 de septiembre Belgrano supo que en pocas horas tendría todo el ejército realista encima.

El plan de Pío Tristán: llamar la atención de los patriotas por el camino que viene del Norte, a cuatro leguas de la ciudad, para hacerles creer que ese era el punto elegido para el ataque y dejar ahí solo una columna pues el grueso de las tropas irían por su derecha (él venía del Norte) y ocupar el camino de salida de la ciudad (que va para Santiago). De este modo les impediría la retirada y dejaría a las tropas de Belgrano entre dos fuegos cosa que los obligaría a rendirse ya fuera por la fuerza de las armas o por el hambre.

Un toque de humor entre los generales

Unos días antes de la batalla una partida de soldados criollos toman prisionero al jefe del batallón de vanguardia del ejército realista. Inmediatamente, el general Pío Tristán —hombre muy soberbio y pedante, antiguo compañero de estudios de Belgrano en España— envía a Belgrano una carta con dinero para asegurarse la buena atención del prisionero y asegurándole que los prisioneros criollos serían tratados de igual manera que como fuese tratado su soldado. Tristán, jactanciosamente, firma la carta de la siguiente manera:

"Campamento del EJERCITO GRANDE, septiembre 15 de 1812"

Belgrano le devuelve el dinero para que sea repartido entre los prisioneros criollos y tras asegurarle el buen trato del realista firma, burlescamente:

"Cuartel del EJERCITO CHICO, 17 de septiembre de 1812"

La batalla de Tucumán

Belgrano dividió así sus tropas:

Cuatro columnas de infantería (tres en línea y una en reserva) comandadas por el capitán Carlos Forest, los comandantes Ignacio Warnes y José Superí; la reserva al mando del teniente coronel Manuel Dorrego. Los únicos cuatro cañones los ubicó entre los claros que dejaba cada columna y estaban comandados por el barón Holmberg. La caballería dividida en dos flancos: a la derecha al mando del teniente coronel Juan Ramón Balcarce, a la izquierda al mando del comandante José Palledo.

Por su parte, Pío Tristán, —confiando en su superioridad numérica y en la suposición de que Belgrano se encerraría con su ejército en la ciudad para defenderla y que bajo ningún aspecto lo atacaría— la madrugada del 24 de septiembre dejó el camino que venía llevando y enfiló el grueso de las tropas hacia Tucumán y mandó una columna hacia el sur, para cortarles la retirada. Como no pensaba combatir ese día (tan confiado estaba), dejó a su derecha trece cañones cargados en las mulas.

Cerca de las ocho de la mañana Tristán alcanza el Campo de las Carreras y ve solo una línea de infantería, colocada en un costado, con una corta reserva en la retaguardia. Pensó que ése era todo el ejército patriota ya que no vislumbró la caballería que, aunque lo esperaba llegar por otro lado, estaba escondida en los bosques circundantes.

Sin embargo Belgrano venía observando los movimientos del enemigo y al ver el cambio de Tristán decidió rodear la ciudad por el Oeste. Este movimiento fue unos segundos después de la

entrada de los realistas, con lo que estos últimos tuvieron gran sorpresa, sobre todo porque ni siquiera habían armado los cañones.

Sin darles tiempo a reponerse la artillería criolla rompió fuego con tanta certeza que se llevó por delante casi dos batallones españoles. Desesperados y ofendidos los españoles cargan bayonetas y atacan desorganizadamente. Belgrano que observaba esta maniobra ordena que la caballería de la derecha (al mando de Balcarce) cargue contra el ala izquierda del enemigo y que la infantería se lance sobre el centro. Como la tercera parte de la infantería criolla no tenía bayoneta en sus fusiles, utilizaron cuchillos (a pesar de la inferioridad que esto supone, hicieron estragos). Lo mismo sucedía con la caballería: una mitad eran soldados uniformados y la otra estaba constituida por los paisanos tucumanos; vestidos con ponchos multicolores y guardamontes; armados en su mayoría con lanzas, cuchillos enastados en palos, boleadoras, lazos y puñales; lo que le daba un aspecto salvaje.

Sin embargo no fue tan ordenado como Belgrano quería porque la columna de Balcarce avanzó muy al borde para evitar el fuego de la infantería española, lo que dejó desguarnecida a la infantería que estaba en el centro. Para protegerlos Belgrano ordena que avance la caballería de reserva que estaba justo enfrente de la infantería española. La caballería española que estaba a la izquierda huyó cobardemente al amago de la caballería de Balcarce con lo cual se abrió un claro en la línea enemiga por la que penetraron las tropas de Balcarce y a toda carrera, dando espantosos alaridos y golpeando con las riendas los guardamontes de cuero que producía un ruido siniestro. La infantería realista, al ver descubierto su flanco izquierdo y ocupada su retaguardia por los jinetes criollos que corrían en todas direcciones acuchillando a los españoles dispersos, cedió el terreno a los patriotas.

Mientras tanto, la columna de caballería de la izquierda, al mando de Superí, estaba siendo derrotada. Era el único lugar en donde los españoles obtenían ventaja por lo cual tuvieron que abandonar sus posiciones victoriosas y retirarse; hecho que desorientó a los criollos que se creían perdidos e ignoraban que se estaba ganando en las otras posiciones. Este fue un momento decisivo en la batalla y de suma confusión. Belgrano, sabía que estaban asegurados el centro y la derecha pero tambaleante la izquierda quiso cerciorarse cuando la nube de langostas y el denso humo de la artillería que cubría el campo le impidieron la visión y decidió marchar hacia allí.

"¿Adónde va?" le preguntó el coronel Moldes, "A buscar a mi gente de la izquierda", dijo Belgrano dirigiéndose al galope hacia el claro que los enemigos habían dejado. Al llegar encontró a sus soldados tan dispersos que parecían derrotados más que vencedores.

L. R. Gondra, uno de los biógrafos de Belgrano, narra, en su obra titulada: *Manuel Belgrano, una vida ejemplar*, una anécdota de cómo se enteró Belgrano del triunfo de Tucumán (ya se dijo que fue un combate muy confuso): "De pronto sintióse un tropel de algo más numeroso. Era el comandante Balcarce, con algunos oficiales y unos veinte hombres de tropa, que venían gritando: ¡Viva la Patria!

— Nuestros plácemes, general, dijo Balcarce a Belgrano, hemos triunfado.

—¿En qué punto se funda comandante —le preguntó fríamente Belgrano— para proclamar la victoria?

—Nosotros, general —contestó Balcarce con alguna turbación— hemos triunfado del enemigo que teníamos al frente y supongo que en todas partes habrá ocurrido lo mismo, el campo está cubierto de cadáveres y despojos"

Final de la batalla: recuento y coplas

El 26 de septiembre de 1812 Belgrano envía una carta al gobierno para notificarlo de la victoria de Tucumán:

"La patria puede gloriarse de la completa victoria que han obtenido sus armas el 24 del corriente, (...) siete cañones, tres banderas y un estandarte, cincuenta oficiales, cuatro capellanes, dos curas, seiscientos prisioneros, cuatrocientos muertos, las municiones de cañón y

de fusil, todos los bagajes, y aun la mayor parte de sus equipajes, son el resultado de ella; desde el último individuo del ejército hasta el de mayor graduación se han comportado con el mayor honor y valor; al enemigo le he mandado perseguir pues con sus restos va en precipitada fuga; (...)"

En otra carta del 29 de septiembre subraya que de la lectura de su informe sobre la batalla se desprende "la energía, el celo, el valor a prueba de los individuos del ejército y de todo el paisanaje de las provincias que nos ha acompañado, muy particularmente el de Jujuy, Salta, eta ciudad y Santiago del Estero".

El general José M. Paz, en sus *Memorias póstumas* cita la siguiente copla que se cantaba en Salta y Tucumán a raíz de la victoria de Belgrano y el repliegue de Tristán:

"Es tan valiente Tristán,
que anda sumiendo la cola, se volvió de Tucumán,
rodando como una bola"

La vida de Belgrano en Tucumán

A raíz de este triunfo el Triunvirato le ofrece el cargo de Capitán General pero el lo rechaza ya que esta fue, en realidad, su primera victoria. Es interesante destacar que a partir de este triunfo de Belgrano Tucumán se convirtió en "cuna de la libertad y sepulcro de los tiranos".

También, unos años después, para el 9 de julio de 1816, es Belgrano quien, en Tucumán, vuelve a ser ejecutor de la voluntad nacional porque en aquella reunión secreta del 6 de julio indicó a los congresales el camino de la soberanía. La relación de Belgrano con Tucumán es tal que, al decir del historiador Víctor E. Molina, dicha provincia no ocuparía un lugar privilegiado en la historia nacional.

La vida de Belgrano en Tucumán puede resumirse en tres etapas: 1812, cuando se hace cargo del Ejército del Norte, 1816, cuando es enviado como consejero al Congreso y 1819 cuando regresa gravemente enfermo para luego seguir camino a Buenos Aires

Cuando Belgrano llega a Tucumán venía con justa fama pero la exquisitez de su espíritu, talento y cultura despertaba inmediata confianza.

Cuenta Celedonio Balbín que el ejército de Tucumán "estaba regularmente vestido, era mal pagado, pues cada mes o dos meses, recibía el soldado un peso o doce reales a buena cuenta, y los jefes y oficiales en proporción. A pesar de esto el ejército estaba bajo disciplina severa, y todas las tardes los soldados tenían ejercicio general, al que iban muchas veces sin haber comido pues, como el general no tenía dinero para pagar la carne, costaba mucho conseguirla; así es que para remediar algo esta miseria, ordenó el general que cada regimiento formase chacra y sembrase verdura. Como los soldados pasaban hasta día y medio sin comer carne¹, he visto en los ejercicios diarios, con el sol quemante tucumano, caerse algunos soldados de debilidad, hasta el grado de marchar al hospital de sesenta a ochenta, en menos de ocho días. He presenciado dos tarde que los soldados no habían comido, se hallaban cansados y sofocados por el sol, y habiendo visto el general pasar a gran distancia unas carretas con sandías, mandó a un ayudante hacerlas venir, ordenó formar pabellón y se las hizo repartir a toda la tropa, dando orden para que el comisario pagase a los dueños."

Febrero de 1813: Salta

Mientras Tristán se acantonaba en Salta y Belgrano instruyó y organizó la tropa durante cuatro meses.

Finalmente marcharon sobre Pío Tristán: el 13 de febrero de 1813 se reunieron en el río Pasaje y, una vez más, Belgrano les hizo jurar a sus tropas la obediencia a la bandera y a la Asamblea que se estaba reuniendo en Bs. As. A partir de ese día el río se llamó Juramento.

En sus *Recuerdos históricos*, cuenta el coronel Lorenzo Lugones que "a distancia de cien pasos del río, sobre la ribera que gira al oeste, a la altura de un notable barranco, había un árbol que por su magnitud se distinguía sobre todos los de sus cercanías; limpiando una parte de su corteza, hacia media altura de un hombre, en medio de un círculo de palma y laurel, dibujado en el tronco del árbol, se grabó una inscripción que decía "Río Juramento" y más abajo la siguiente estrofa:

"Triunfaréis de los tirano,
y a la patria daréis gloria,
sí, fieles americanos,
juráis obtener victoria"

Veintiséis leguas bajo la lluvia torrencial, Belgrano iba enfermo. El gral. Paz cuenta que había amanecido el 20 muy nublado y con la interminable lluvia. "el general en jefe tuvo esa mañana un ataque de vómitos... Resuelto a dar batalla. se proponía mandarla desde una carreta, pero, afortunadamente mejoró y pudo montar a caballo".

Por una quebrada ignorada por los españoles, las tropas criollas sorprendieron y derrotaron a Tristán. Las condiciones de la rendición fueron generosas: si aceptaban no volver a luchar contra las Provincias unidas, quedarían libres.

Según la opinión de Mitre, esta generosidad "que hace honor a su corazón sensible, más que a su previsión, tenía en vista un fin político, que en parte se logró, el cual era inocular en los vencidos el espíritu de la revolución, captándolos por la gratitud, y hacer que penetraran desarmados al Perú como vanguardia de propaganda que pregonase por todas partes el poder de las armas argentinas.

El general Belgrano al conceder la capitulación, había tenido en vista el hecho de que fueran americanos casi todos los soldados del ejército español, y siéndolo igualmente Tristán y Goyeneche, esperaba que esta circunstancia los decidiera a pronunciarse por la causa de la Revolución"

La victoria en Salta consolidó el triunfo de la Revolución. En agradecimiento a Belgrano la Asamblea (de ese año, el trece, Así que no sé como se nombrarían a si mismos: la Asamblea del año en curso, etc..)

le regaló un sable y 40.000 pesos que el iluso de Belgrano destinó para la construcción de escuelas en Tucumán, Jujuy, Santiago del Estero y Tarija (Jujuy): todavía están esperando, lápiz en mano, los niños de esos lugares.

Cuando en 1813 es premiado por la Asamblea de ese año Belgrano dice:

"El honor con que V.E. me favorece (...) en que se sirve condecorarme con un sable de guarnición de oro que lleve en la hoja grabada la siguiente inscripción "La Asamblea Constituyente al benemérito general Belgrano" y premiar mis servicios (...) con la donación en toda propiedad de cuarenta mil pesos (...) me empeña sobremanera a mayores esfuerzos y sacrificios por la libertad de la patria. Pero cuando considero que estos servicios en tanto deben merecer el aprecio de la nación en cuanto sean efectos de una virtud (...) y que ni la virtud ni los talentos tienen precio (...) he creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de la patria, destinar los expresados 40.000 pesos para la dotación de escuelas públicas de primeras letras en que se enseñe a leer y escribir, la aritmética, la doctrina cristiana y los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad, hacia ésta y el gobierno que la rige, en cuatro ciudades, a saber: Tarija, ésta (se refiere a Salta), Tucumán y Santiago del Estero (...) bajo reglamento que pasaré a V.E. y pienso dirigir a los respectivos cabildos por el correspondiente aviso de esta determinación, reservándome el aumentarlo, corregirlo o reformarlo siempre que lo tenga por conveniente." Manuel Belgrano.

En el "Cancionero popular" del doctor Estanislao Zeballos (tomado de *Cancionero popular de Salta*, Juan A. Carrillo en *La prensa* 9/7/1933) se cuenta que con motivo de la victoria de Belgrano sobre Tristán, se cantaba en Salta la siguiente copla (de la que se transcriben algunos fragmentos) que burlaba una carta de Tristán a su primo Goyeneche en la cual le pide que le cambie la vaina a un sable que le enviaba:

"Ahí te mando, primo el sable,
no va como yo quisiera,
del Tucumán es la vaina,
y de Salta la corredera.

(...)

Los hijos de estas llanuras,
tienen valor admirable,
Belgrano, grande y afable,
a mí me ha juramentado,
y, pues, todo está acabado,
ahí te mando primo, el sable.

(...)

Forest, Superí y Dorrego,
Pedriel, Álvarez y Pico,
Zelaya en laureles rico,
y Balcarce brotan fuego,
Arévalo de ira ciego,
me han cebado una polaina
los tales oficialitos,
y cantan estos malditos:
del Tucumán es la vaina.

Por fin ese regimiento.
llamado "número uno",
con un valor importuno,
me ha dado duro escarmiento,
que yo existir no quisiera,
pues la fama vocinglera,
publicará hasta Lovaina
que es del Tucumán la vaina
y de Salta la corredera.

Potosí. En Septiembre de 1813, Vilcapugio y Ayohúma

Los triunfos de Salta y Tucumán lo entusiasman y sube hacia Potosí (en Oruro estaban los realistas). Es bien recibido en Potosí ya que recordaban su anterior expedición y ahora el ejército estaba bien disciplinado. Tan bien es recibido que Belgrano quiere agradecer a los potoseños con un baile (a Belgrano le encantaban los bailes) y los vecinos le regalan una tarja de oro y plataⁱⁱ.

Vilcapugio y Ayohuma, 1 de octubre de 1813. Son atacados por sorpresa, la retirada se sostuvo con el aliento que Belgrano dio a sus hombres. En el camino de retirada, Belgrano cede su caballo a un soldado herido y sigue a pie. Recibieron refuerzos y se reorganizaron. En la pampa de Ayohúma es vencido, se perdió una vez más el Alto Perú y las Provincias Unidas quedaron desguarecidas en el norte.

Explosión fallida, traición por amor

Luego de la derrota de Ayohuma regresan a Potosí y a los dos días deciden abandonar la ciudad pues se acercaba el enemigo. Para no dejarle posibilidad de llevarse el dinero y la plata que en aquella ciudad había (pues allí estaba la Casa de la Moneda), Belgrano decide volar toda la Casa de la Moneda. Cuenta el gral. Paz, en sus *Memorias*, que habían puesto cargas de pólvora por todo el edificio, sobre todo en la sala fielatura que era la principal. Así lo cuenta el gral. Paz: "Ya se prendió la mecha, ya salió el último hombre de la Casa de Moneda, ya se cerraron las gruesas y ferradas puertas de la gran casa, cuando se echaron de menos las tremendas llaves que las aseguraban. Vi al gral. (se refiere a Belgrano) en persona agitándose como un furioso y pidiendo las llaves a quienes lo rodeaban, pero ellas no aparecieron. Entre tanto el tiempo urgía, la mecha ardía y la explosión podía suceder de un momento a otro. Fue preciso renunciar al empeño de cerrar la puerta y contentándose el general con emparejarla, montó en su Doncella (su mula tenía ese nombre) y dio la voz de partir a galope. (...) En la confusión de nuestra disparada nadie se acordó de los fosos (se refiere fosos de protección que ellos mismos habían cavado) y fuimos a dar con uno que interceptaba completamente la calle; poseídos del más grande sobresalto, tuvimos que volver a la plaza para buscar otra salida, temiendo a cada instante que sucediese la explosión y que una lluvia de gruesas piedras viniese a sepultarnos. (...) Nuestra marcha precipitada no se suspendió hasta el socavón, que está a una legua de la plaza, donde llegamos al anochecer. Deseando de gozar en su totalidad del terrible espectáculo de ver volar en fracciones un gran edificio y quizás media ciudad. (...) Durante el camino fuimos volteándonos para volver el rostro a la Casa de Moneda que dejábamos atrás. Yo aseguro que no separé un segundo la vista de la dirección en que quedaba, lo que me originó un dolor en el pescuezo que me duró dos o tres días después. (...) Un cuarto de hora después ya era certidumbre que la mecha había sido sustraída u otro inconveniente había impedido su actividad. (...) Un oficial Anglada, mendocino, (...) había ganado las buenas gracias del general quien lo había colocado nada menos que como mayor de la plaza de Potosí, (...) Anglada se relacionó con personas enemigas de la causa y particularmente con una señora muy realista a quien, principalmente, se atribuye el mérito de la conquista. Él, por su empleo, estaba en el secreto de la operación que se meditaba y la inutilizó quitando la mecha que debía servir para la explosión. Él, sin duda fue quien ocultó las llaves y él mismo se ocultó, se quedó y se presentó al enemigo quien lo acogió bien por el importante servicio que acababa de hacerle. "

Otra vez Salta. Tras la derrota. Preso en Luján

Belgrano pide al gobierno de Salta que se le entregue el mando del ejército del norte a San Martín porque —según sus propias palabras—: "es regular que tenga más conocimientos que yo habiendo sido su carrera..."

Se encuentran en la Posta de Yatasto y, pese a la oposición de San Martín, Belgrano deja el ejército y parte rumbo a Córdoba. Está enfermo y pide la baja al ejército por su salud. Se la niegan pues el gobierno considera que debe responder por sus derrotas en Vilcapugio y Ayohúma.

El 12 de Junio de 1814 es arrestado en Luján pero deben ponerlo en libertad debido a lo precario de su salud. El Consejo de Guerra no encuentra, a pesar suyo, ninguna acusación seria para procesarlo y el caso se cierra sin consecuencias para Belgrano.

ⁱNótese que la alimentación era totalmente diferente de la actual. La carne era el alimento privilegiado, más que el pan, incluso. Las verduras no formaban parte de una buena dieta, por entonces. No tener comida era no tener carne.

ⁱⁱ Es un escudo muy grande que cubre casi todo el cuerpo. La de Belgrano está labrada admirablemente. Tiene una decoración simbólica: en el centro la silueta de América del Sur, con las islas Malvinas, arriba la ciudad de Potosí, y abajo dice: "Al vencedor de Salta y Tucumán". Coronando todo el conjunto hay una figura de un inca. (está en el Museo Histórico Nacional)